

BARACK OBAMA

Tres precursores: Lincoln, Kennedy y Clinton

FRANCISCO FUSTER GARCÍA

Barack Obama
La audacia de la esperanza
Península, Barcelona, 2007

Todo gran hombre posee una fuerza retroactiva; por él toda la historia vuelve a ponerse de nuevo en la balanza y mil secretos del pasado salen de sus escondrijos, situándose en su Sol.

Friedrich Nietzsche,
La Gaya Ciencia, § 34

El destino —o el simple oportunismo editorial— ha querido que la traducción española del segundo libro de memorias del senador Barack Obama haya llegado a nuestras librerías hace sólo unos meses, en plena carrera hacia la presidencia de los Estados Unidos, coincidiendo con el momento de mayor apogeo mediático de esta figura política que ha conmocionado el panorama electoral norteamericano y, por extensión, el de toda la política internacional. Hoy el ciudadano americano observa con una mezcla de ilusión e incredulidad, la osadía y el aplomo con que este joven e inexperto senador por el Estado de Illinois, se ha propuesto dotar de significado y vigencia al sueño americano, encarnando por enésima vez ese arraigado mito según el cual es Estados Unidos —y no otro— el lugar del planeta señalado por la Providencia como la tierra de las oportunidades y la libertad, allí donde los esfuerzos individuales y los méritos personales obtienen siempre su recompensa.

Cuando el 17 de octubre del 2006 salía a la venta la edición original del libro en inglés —*The Audacity of Hope. Thoughts on Reclaiming the American*

Dream—, pocos podían imaginar lo que el futuro nos deparaba. Obama acababa de imponerse un año antes a su rival republicano en las elecciones para el Senado Nacional y se disponía a contar por escrito las alegrías y sinsabores de esos duros años de campaña. No constituía nada nuevo el hecho de redactar sus propias vivencias, puesto que ya en 1995 había plasmado su historia personal en un primer volumen de memorias, *Dreams From My Father: A Story of Race and Inheritance*, con el que obtuvo un primer reconocimiento por parte de la crítica y el título de ser, a juicio de Joe Klein, “quizá el mejor libro de memorias escrito jamás por un político americano”¹. El inesperado salto a la escena política nacional con motivo de su celebrado discurso inaugural en la Convención Nacional Demócrata del 2004, unido a su llegada a la Cámara alta estadounidense, le persuadieron de la conveniencia de esta nueva entrega de sus memorias, ajeno como se encontraba por entonces, a toda la vorágine electoral en la que se ha visto envuelto *a posteriori*. La excelente acogida del libro, que llegó a ocupar el primer lugar en la lista de *best-sellers* que elabora semanalmente *The New York Times*, unida a todo un conjunto de factores, han hecho que Obama haya visto noviembre del 2008 como la ocasión ideal para alcanzar el sillón presidencial de la Casa Blanca.

La audacia de la esperanza es un libro impropio de un político

¹ Klein, J., “The Fresh Face”, *Time*, 23-10-2006.

o, dicho de otra manera, anormalmente bien escrito y concebido para lo que consideraríamos que debe ser el nivel medio de una persona que no se dedica profesionalmente a escribir. Quizá lo más atractivo del libro y de la carrera política de Obama sea su entrañable y atípica historia personal, que recorre las páginas de la obra y que el autor ha sabido aprovechar como nadie a la hora de adaptarla a los parámetros del sueño americano. Como reconoce el propio senador, su cosmovisión de la política americana es indisoluble de esa trayectoria biográfica que tanto le ha condicionado:

“Más aún, soy prisionero de mi propia biografía: no puedo evitar contemplar la experiencia americana desde el punto de vista de un hombre negro con una experiencia mixta, consciente de que generaciones de gente con mi aspecto fueron subyugadas y estigmatizadas, al igual que de los modos sutiles y no tan sutiles en que la raza y la clase social siguen dando forma nuestras vidas”. (pág. 13)².

A lo largo de sus nueve capítulos, Obama aborda temas centrales no sólo de su ideario político, sino también de la propia mentalidad estadounidense. Analiza el peculiar funcionamiento de la reverenciada Constitución americana y nos presenta el secular sistema bipartidista más deteriorado que nunca por las elevadas cotas de

crispación entre republicanos y demócratas alcanzadas durante los últimos años:

“Es ese pensamiento doctrinario y ese partidismo crudo lo que ha hecho que los americanos se aparten de la política. A la derecha eso no le preocupa. Un electorado polarizado —o que rechace a ambos partidos por el tono desagradable y deshonesto del debate— les va a las mil maravillas a los que quieren desgastar la idea misma del gobierno. [...] Quizá tuvieran razón quienes me criticaban. Quizá sea imposible escapar de la división política que nos castiga, inútil intentar detener el choque de ambos ejércitos y fútil cualquier iniciativa para cambiar las reglas del enfrentamiento” (págs. 44-45).

Se desmenuzan asimismo, conceptos tales como la fe, la raza o la familia: pilares imprescindibles de la vida del americano común y a los que se dedican sendos capítulos, dándose un repaso a la política nacional e internacional, para acabar con un análisis de la Administración Bush y del deterioro de la imagen exterior de los Estados Unidos a la que ésta ha conducido.

Son todos temas abordados con una prosa atractiva, que atrapa al lector con numerosas anécdotas personales. Pero a la vez que nos descubre su historia, Obama nos va ofreciendo las claves que nos deben ayudar —como reza el subtítulo del libro— a restaurar el sueño americano.

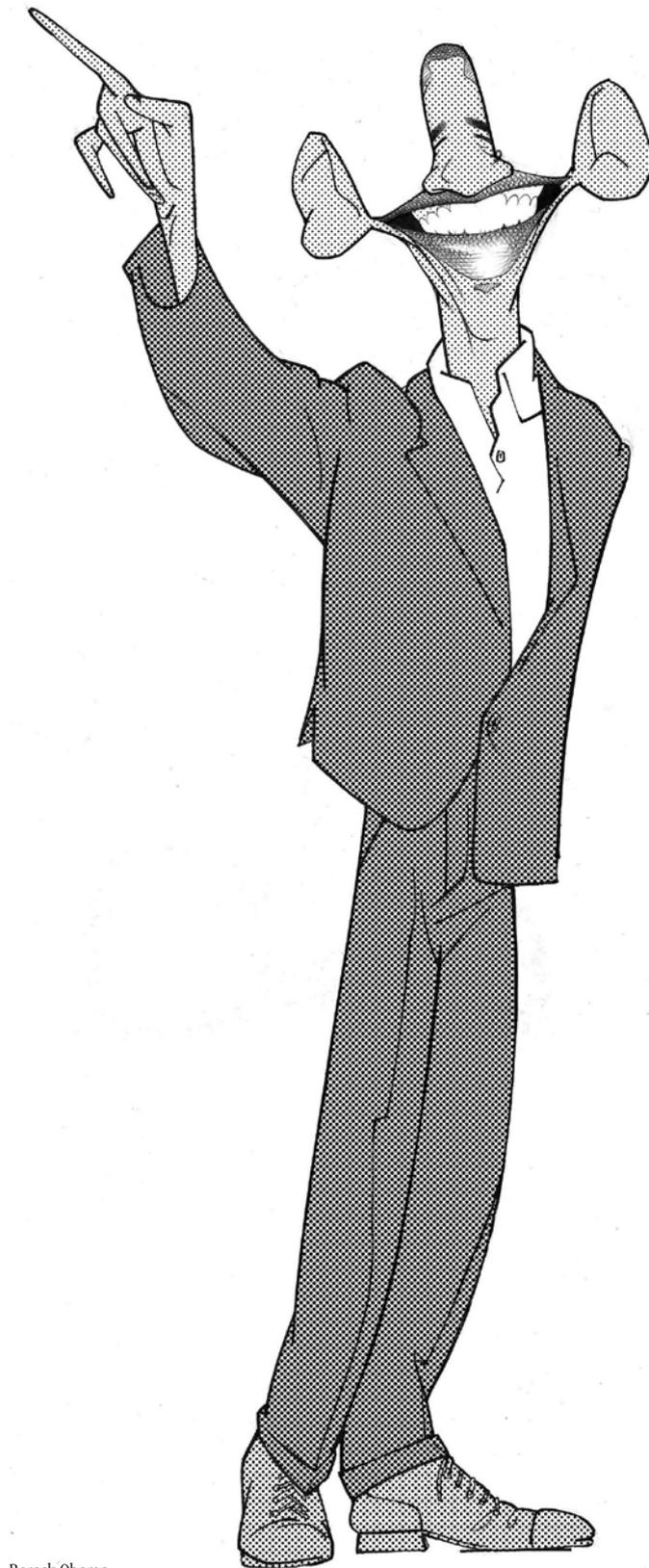
A pesar de la variedad y la cantidad de los temas tratados, no se trata como pudiera pensarse de un volumen programático con vistas electoralistas. Se trata más bien de un libro coyuntural puesto al servicio de la actual campaña política y no viceversa. Se ha acusado al autor

² Las citas entre comillas seguidas del número de página entre paréntesis pertenecen a la edición española de la obra: Obama, B., *La audacia de la esperanza. Cómo restaurar el sueño americano*, Ed. Península, Barcelona, 2007.

de no ofrecer en sus más de trescientas páginas ninguna solución precisa a los problemas de la política americana y en parte es cierto. Este defecto de la divagación, el titubeo y la falta de concreción que caracterizan el lenguaje y las formas de Obama está presente a lo largo de un libro donde, en ocasiones, se echa en falta un criterio claro o una postura política definida respecto a muchos de los temas que se tratan de forma muy general y sin profundizar.

La prudencia del autor y su deseo de complacer a todo el mundo hacen que, en más de una ocasión, nos invada la sensación de confusión e incertidumbre al ver que se defiende —y lo que es más sorprendente, se argumenta— una postura y la contraria. Es éste, ciertamente, un signo distintivo de Obama: su deseo de primar siempre el diálogo sobre el reproche, el consenso sobre la imposición. Como candidato centrista y moderado que es, intenta abarcar lo inabarcable, de tal forma que, si en ocasiones se declara fiel seguidor de la tradición demócrata más liberal de un Bill Clinton, en otras nos recuerda el populismo que personificara Ronald Reagan, recurriendo a los valores más tradicionales del conservadurismo protestante que tanto agrada al electorado republicano.

Pero también para esto tiene explicación —que no justificación— Obama. Son la tremenda complejidad de la sociedad estadounidense y las peculiares circunstancias de su nacimiento como república federal las que hacen de su país una contradicción constante. La división en-



Barack Obama

tre republicanos y demócratas, o entre conservadores y liberales, no es en última instancia, sino la plasmación de ese equilibrio de fuerzas —el famoso *checks and balances*— que está en la base de todo el sistema político y constitucional americano: un sistema basado en un impuesto y forzado equilibrio de fuerzas, de pesos y contrapesos, que impide la supeditación de un poder a otro, de tal modo

que es precisamente esta ponderación del poder entre los diferentes estamentos —Congreso, presidente, partidos— lo que dota al modelo americano de su carácter democrático e igualitario. Como abogado y sobre todo como senador, Obama conoce a la perfección la inevitable ambigüedad del sistema legal americano, cuyo origen se encuentra quizá en la propia concepción del modelo consti-

tucional federal y en el intento de conciliar diferentes intereses:

“El estatuto más simple —la exigencia, por decir algo, de que las empresas garanticen una pausa para ir al baño a sus trabajadores por horas— puede ser objeto de interpretaciones radicalmente distintas según si hablas con el congresista que impulsó la moción, el empleado que la redactó, el director de departamento que tiene la misión de hacer que se cumpla, el abogado a cuyo cliente le molesta o el juez al que se puede recurrir para que se aplique.

Parte de esta ambigüedad es deliberada y resulta de la compleja maquinaria de equilibrio de poderes. El reparto de poder entre sus diversas ramas y entre los gobiernos estatales y federal, conlleva que ninguna ley sea jamás definitiva ni que ninguna batalla termine jamás del todo” (págs. 80-81).

Pero más allá de sus defectos —como esta ambigüedad estructural—, el senador ensalza continuamente los valores del modelo constitucional americano forjado en su día por los Padres Fundadores, de tal forma que, si en algún lugar encuentra Obama el núcleo originario de su esquema de valores actual que vemos descrito en este libro, ese lugar son los textos fundacionales de la democracia americana: la Declaración de Independencia, el *Bill of Rights* y por encima de todos, la Constitución Federal del 1787:

“Al igual que en nuestra interpretación de la Declaración, también debatimos los detalles de la construcción constitucional: puede que no nos guste cómo el Congreso abusa de los poderes que le da la cláusula de expansión del comercio en detrimento de las competencias de los estados, o que lamentemos la erosión del poder del Congreso para declarar la guerra. Pero confiamos

en la solidez fundamental de los planos que nos legaron los Fundadores y en la fortaleza de la casa democrática que hemos construido con ellos. Conservadores o liberales, todos somos constitucionales” (pág. 93).

Los precursores de Obama

Si algo llama la atención en la literatura y en la personalidad de Obama es su capacidad para retrotraernos al pasado. Paradójicamente, y pese a su continua invitación a mirar hacia el futuro presentándose a sí mismo como un agente de cambio y de ruptura, en él se reconocen parecidos, rasgos y ademanes que uno puede rastrear en las figuras de anteriores presidentes de los Estados Unidos, hombres gloriosos en los que Obama se reconoce, nombres ilustres con los que se identifica. No es algo exclusivo suyo, puesto que el pueblo americano es muy dado a estas comparaciones: la prensa y los analistas se esfuerzan por relacionar, por comparar y cotejar la novedad con aquello que sirve de modelo, con aquellos que ya fueron presidentes y dejaron su huella indeleble en la anales de la historia. Pero el caso de Obama es especial. La pasión que transmite por la historia de su país y su deseo de sacar siempre lo mejor de cada uno de sus antecesores hacen que Obama se haya fijado en aquellos que le precedieron en el cargo, pretendiendo presentarse como su heredero, como aquel que ha sabido extraer su esencia y sus virtudes sin repetir —eso sí— sus vicios y errores.

Así pues, si Borges nos dijo en un célebre ensayo sobre Kafka³ que es cada escritor quien crea a sus precursores, me atrevo a decir que Obama no ha creado a los suyos pero sí que los ha seleccionado. De igual modo que el argentino reconocía en diferentes textos —de diferentes autores y tradiciones— la “idiosincrasia de Kafka”, a fuerza de frecuentar a Obama creo reconocer su voz y sus há-

³ Borges, J.L., “Kafka y sus precursores” en *Obras Completas*, vol. II, Ed. Emecé, Barcelona, 1989, págs. 88-90.

bitos, en las personas de tres notables presidentes: Abraham Lincoln, John F. Kennedy y Bill Clinton. La fuerza retroactiva del discurso obamaniano nos lleva a redimir el pasado de forma que Lincoln, Kennedy y Clinton son puestos de nuevo en la balanza —como diría Nietzsche— para poder ser comparados y comprobar así, en qué difieren o se distancian, en qué coinciden y se asemejan; para examinar si los tres pueden ser considerados como antecedentes y portadores de unos valores que ahora renacen; para saber, en definitiva, si Obama ha encontrado o no a sus propios precursores.

Obama y Lincoln: el orgullo de la tradición

Si existe un presidente en la historia de los Estados Unidos de quien Obama se sienta orgulloso, ése es sin duda, Abraham Lincoln. Además de la profesión —ambos ejercieron la abogacía— y del Estado que les vio nacer como políticos —ambos fueron senadores en la legislatura estatal de Illinois—, Obama siempre ha considerado a Lincoln como el modelo de rectitud y honestidad en el que fijarse. No es casualidad que, cuando el senador decidió postularse como precandidato a la presidencia, eligiera el viejo Capitolio de Springfield —ciudad en la que Lincoln pronunció su célebre discurso de la “casa dividida”— como marco simbólico para presentar oficialmente su candidatura.

En el deseo de Obama de reeditar el sueño americano, la biografía del hombre común hecho a sí mismo que personifica Lincoln marca un antes y un después; y la influencia que ha ejercido sobre él la historia del hombre que nació en una cabaña de troncos en Kentucky y que por medio de su esfuerzo personal llegó a lo más alto de la nación constituye un ideal inquebrantable. Ya en 2005, Obama recibió el encargo de la revista *Time* para que fuera él mismo quien contara por escrito lo que le inspiraba la figura lincolniana. En un bre-

ve y emotivo artículo, Obama comparó su peripecia personal con la de su homólogo, trazando entre ambas un lazo común, de forma que si Lincoln ascendió desde la pobreza, Obama salvó unos prejuicios raciales que hacían de su condición de afroamericano un inconveniente para su llegada al Senado:

“Cuando yo, un hombre negro con un nombre raro, nacido en Hawai de padre de Kenya y madre de Kansas, anuncié mi candidatura al Senado de los Estados Unidos, era difícil imaginar un escenario menos prometedor que aquel en el que yo ganaría —excepto, quizá, aquel que permitió a un niño nacido en un lugar remoto de Kentucky y con menos de un año de educación formal acabar como el ciudadano más importante de Illinois y el Presidente más importante de nuestra nación”⁴.

Obama se identificaba plenamente con Lincoln e incluso iba más allá, hasta el punto de ver en él a un precursor, a alguien en cuyos esfuerzos y valores se reconocía en tanto que ese camino emprendido por Lincoln hace siglo y medio era el mismo que ese que Obama se disponía a comenzar ahora:

“En el ascenso de Lincoln desde la pobreza, su dominio absoluto del lenguaje y del derecho, su capacidad para superar las pérdidas personales y mantener la determinación frente a las repetidas derrotas —en todo esto, él me recordó no sólo mi propia lucha. Me recordó también un elemento fundamental y más grande del carácter americano— la creencia perdurable en que podemos rehacernos a nosotros mismos constantemente para cumplir nuestros mayores sueños”⁵.

Este paralelismo afecta ya no sólo a los datos biográficos, sino a la propia praxis política. Lincoln llegó al poder en un contexto de profunda división del país y antepuso la integridad de la Unión a cualquier otro objetivo, intentando poner orden en una “casa dividida”. Este valor del consenso y la fuerza que da la unión está también en la base de la teoría política de Obama, que

⁴ Obama, B. “What I See in Lincoln’s eyes” en *Time*, 26-8-2005.

⁵ *Ibidem*.

ya en su famoso discurso en la Convención Demócrata conmovió a todo el mundo con unas palabras que incitaban precisamente a eso, al rechazo del maniqueísmo que tanto temió Lincoln:

“...no hay una América liberal y una América conservadora, sino los Estados Unidos de América. No hay una América negra y una América blanca, sino los Estados Unidos de América. [...] Somos un solo pueblo, todos prometiendo lealtad a la bandera de las barras y las estrellas, todos defendiendo a los Estados Unidos de América”⁶.

Como lo fue Lincoln en su día, Obama es un hombre cauto que no adquiere compromisos inalcanzables. Se le acusa de indecisión, de generar dudas y desconcierto, de mostrarse incapaz de afrontar las grandes responsabilidades y, sobre todo, de una tremenda ambigüedad y un alarmante miedo a asumir posturas claras sobre algunos de los temas más delicados de la política norteamericana. En esto también le precedió Lincoln, que igualmente fue censurado por sus coetáneos por mantener una postura ambigua y laxa en torno al gran problema que le tocó vivir en primera persona, la esclavitud:

“¿Cómo podía compatibilizarse la oposición a la esclavitud sobre la base de principios morales y políticos con su tolerancia en amplios territorios del país? Si la esclavitud era mala en sí ¿no habría que erradicarla? Lincoln era ante todo respetuoso con las opiniones ajenas. Había un importante número de ciudadanos que pensaban que la esclavitud no era un mal, sino todo lo contrario. Aunque lo mantuvieran equivocadamente, era una opinión a respetar, y en todo caso, a cambiar por convencimiento, no por imposición”⁷.

Fue Lincoln, en definitiva, quien comprendió mejor que nadie la esencia deliberativa de la democracia americana, esa esencia que luego teorizó John

⁶ Fragmento del discurso que Barack Obama pronunció el 27 de julio de 2004 en la Convención Nacional Demócrata celebrada en Boston

⁷ Ruiz Rivera, J.B., *Abraham Lincoln, el sueño americano*, Universidad de Sevilla, Sevilla, 1991, págs. 151-152.

Dewey⁸ y que ahora pretende restaurar Obama:

“Quedo entonces con Lincoln, que como ningún otro hombre antes o después que él comprendió que nuestra democracia cumplía una función deliberativa, pero que esa deliberación tenía límites” (págs.103-104).

Obama y Kennedy: la esperanza perpetua

Como presidenciable precoz e inexperto que es, Obama tampoco ha escapado a un clásico en estos casos: la comparación con J.F.Kennedy. Ambos se dieron a conocer a escala nacional en una Convención Demócrata: Kennedy en la del 1956 (en la que estuvo a punto de ser elegido candidato a la vicepresidencia) y Obama en la del 2004 con su ya citado discurso. Han demostrado ambos –como buenos egresados de Harvard– una sobrada capacidad intelectual y unas excelentes dotes literarias, de modo que si Kennedy obtuvo el Pulitzer el 1957 por *Profiles in Courage*, Obama se ha consagrado con *The Audacity of Hope*.

Pero más allá de estas coincidencias, Obama comparte con Kennedy su idealismo y su capacidad para vivir en un estado de esperanza perpetua, mostrándose como un visionario optimista que se sabe portador de un futuro mejor para todos. Este idealismo tiene, obviamente, una contrapartida; hay quien ve en él la ingenuidad propia del que carece de experiencia, la temeridad de un joven recién llegado y cegado por su ambición desmesurada. Lo mismo le ocurrió a Kennedy, a quien intentaron disuadir por todos los medios cuando en 1960 decidió ser candidato a la presidencia sin conformarse con la vicepresidencia:

“Cuando Newton Minow, un socio legal de Stevenson, le dijo a Kennedy en 1957 que probablemente conseguiría el nombramiento para la vicepresidencia en 1960, Jack dijo: ‘No me interesa presentarme a vicepresidente. Prefiero presentarme a presidente’. ‘Estás loco – re-

⁸ Dewey, J., *La opinión pública y sus problemas*, Ed. Morata, Madrid, 2004.

plicó Minow –. Sólo tienes treinta y nueve años, y no tienes ninguna oportunidad si te presentas a la presidencia’. ‘No, Newt –replicó Jack–. Si alguna vez lo consigo será en 1960’”⁹.

Obama es consciente de su falta de bagaje, que en términos de alta política nacional se reduce a dos años en el Senado. Sin embargo, ha sabido dar la vuelta al argumento y hacer de su inexperiencia una virtud. Frente a la Administración Bush, de la que se dijo que era la más experta (contaba con la veteranía de hombres como Donald Rumsfeld o Dick Cheney), Obama ha sabido asociar la experiencia a la corrupción y al elitismo de Washington, a los vicios de un *establishment* anquilosado, celoso por perpetuar un orden exclusivista y cerrado. En sus dos años como senador dice Obama haber aprendido lo necesario: “Sé que no he pasado mucho tiempo aprendiendo cómo funciona Washington, pero he estado allí el tiempo suficiente para saber que las cosas tienen que cambiar”¹⁰.

Es el estilo de Obama, un estilo kennediano también en otro sentido. Tiende el senador a buscar el diálogo a través de una oratoria que trata de implicar al receptor en el discurso, haciendo un gran uso de las preguntas retóricas. Lo vemos en su libro y lo vemos en los debates televisivos. Obama responde a las preguntas con nuevos interrogantes y evita en todo momento –como hiciera su precursor Kennedy– tomar decisiones impopulares que puedan dividir a su electorado. Las aparentes contradicciones en el discurso obamaniano nacen de su extraordinaria capacidad para ponerse en el lugar del otro, tratando de entender a ambas posturas enfrentadas, tal y como hacía Kennedy:

⁹ Dallek, R., *J.F.Kennedy: una vida inacabada*, Ed. Península, Barcelona, 2004, pág. 248.

¹⁰ Discurso que Obama pronunció el 10 de febrero del 2007 en el Capitolio de Springfield, presentando su candidatura para las primarias del Partido Demócrata.

“Kennedy proyectaba un encanto procedente de un aura de misterio creada por él mismo. Respondía a las preguntas con nuevas preguntas, prefería escuchar a hablar. Desviaba con gran astucia cualquier indagación no deseada, evitaba tomar decisiones que pudieran desalentar a sus adeptos, y se interponía entre dos personas enfrentadas por el procedimiento de producir, ante cada una, la impresión de que estaba de acuerdo con ella”¹¹.

Obama dedica un capítulo de su libro a un concepto clave para él: la familia. Al igual que Kennedy, Obama siente auténtica devoción por la familia y, frente a la imagen fría y distante que suelen ofrecer los presidentes con sus primeras damas (véase el caso de George W. y Laura Bush), Obama pasea con orgullo la estampa que ofrecen su mujer Michelle (a quien vemos en todos sus actos de campaña) y sus dos hijas pequeñas. Pero si una familia presidencial fue venerada en la historia de los Estados Unidos, ésa fue, sin duda, la que formaban Jack y Jacqueline Kennedy junto a sus hijos. Los Kennedy encarnaron en los sesenta –gracias sobre todo a la televisión que les hizo entrar en los hogares americanos– la imagen de la familia ideal americana, una familia sana y feliz que la sociedad adoraba. El exclusivismo de los Kennedy hizo de ellos “una especie de sucedáneo americano de la monarquía”¹². La familia Obama es más modesta y natural. No tiene el *glamour* hollywoodiense ni la pompa de los Kennedy, pero el fondo es el mismo: el amor a la institución familiar como pilar fundamental y base moral de la sociedad. El uso público de la armonía familiar es, pues, otro valor de Obama que creo reconocer en Kennedy.

Pero por si fueran pocas todas estas similitudes, ha sido la propia familia Kennedy la que ha apoyado públicamente a Obama, declarándole oficiosamente el elegido para portar la antorcha

¹¹ Rorabaugh, W.J., *Kennedy y el sueño de los sesenta*, Ed. Paidós, Barcelona, 2005, págs. 23-24.

¹² *Ibidem*, pág. 171.

CLAVES
DE RAZÓN PRÁCTICA

www.claves.progres.es
claves@progres.es

dirección internet

correo electrónico

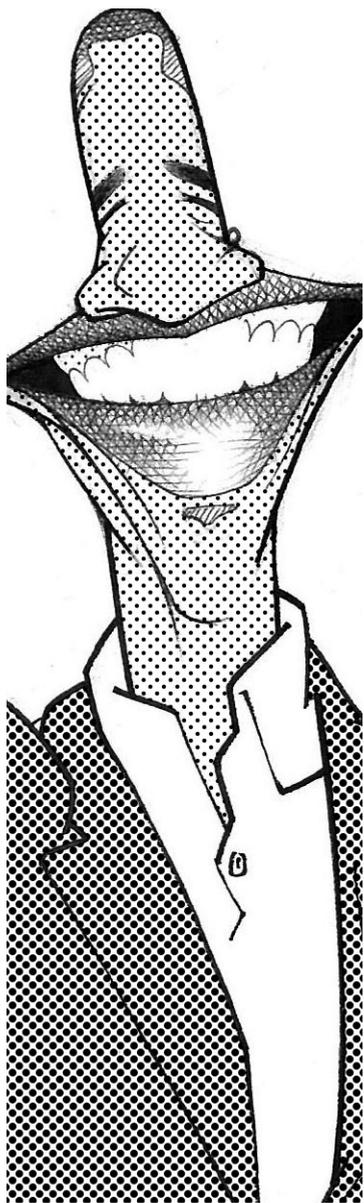
de la libertad en esta nueva generación. En un reciente artículo del *New York Times* elocuentemente titulado *A President Like My Father*, Caroline Kennedy mostró el apoyo decidido del clan Kennedy a la candidatura de Obama por su capacidad para creer y hacernos creer en el sueño americano y por ser, a su juicio, el único político hasta la fecha que ha sido capaz de inspirarle a ella lo que su padre inspiró al pueblo americano:

“Nunca encontré a un presidente que me inspirara de la misma forma en que la gente me dice que mi padre les inspiró a ellos. Pero por primera vez, creo que he encontrado al hombre que podría ser ese presidente – no sólo para mí, sino para una nueva generación de americanos”¹³.

Obama y Clinton: el atractivo de la naturalidad

La cercanía y la sinceridad que Obama trata de transmitir a su electorado encuentran un referente claro en la figura de Bill Clinton. Si por algo ha quedado Clinton en la memoria de los americanos –además de por sus inoportunos escándalos sexuales– es por su incuestionable carisma, por su autenticidad y su proximidad, por mostrar una imagen de absoluta y franca naturalidad en su proceder.

Esta afabilidad clintoniana –favorecida por su juventud y atractivo– la ha hecho suya Obama. Y lo ha hecho, sobre todo, en su trato con un colectivo del que se siente miembro: las minorías negras de los Estados Unidos. Pese a las dudas sobre su implicación con la población negra, generadas por aquellos que no le consideran un auténtico afroamericano (Obama es hijo de un africano de Kenia y de una mujer de Kansas; no es por tanto, un descendiente de antiguos esclavos), el senador siempre se ha mostrado muy cómodo entre las comunidades afroamericanas y en los círculos de las Iglesias negras. Lo mismo le sucedía a su



precursor Clinton, cuyas excelentes relaciones con la comunidad negra le hicieron ser el presidente más querido por esta minoría y sirvieron para que la premio Nobel afroamericana Toni Morrison dijera de él que era “nuestro primer presidente negro”¹⁴. El hecho de que fuera un político venido del sur el que tuviera tan en cuenta a la población negra, en un gesto de reconciliación que trataba de cerrar por fin las heridas abiertas desde la Guerra Civil, no ha pasado desapercibido para Obama, quien ha sido el primero en reconocerlo:

“El ex presidente Clinton se levantó para hablar y describió lo que había sido

para él como un chico blanco del Sur ir en autobuses segregados, cómo el movimiento de derechos civiles que se inició con Rosa Parks le había liberado a él y a sus vecinos blancos de su propia hipocresía. Lo a gusto que se sentía Clinton ante un público negro y el afecto casi mareante que ese público sentía por él era una muestra de reconciliación, de perdón, de una curación aunque fuera parcial de las graves heridas del pasado” (págs. 242-243).

Otro rasgo de Clinton que descubro en Obama es su carácter maleable y su deseo de agradar a todo el mundo. Exactamente igual que Obama –y también que Kennedy– Clinton era todo un experto en mostrar empatía con el adversario, en tratar de ver las cosas desde el punto de vista de aquel que piensa de forma diferente:

“Hasta cierto punto, la indecisión era el método de Clinton para ir aclarando sus propias ideas: entre sus amigos más cercanos, se le conocía por su habilidad para defender la posición de un oponente mejor que el oponente mismo; una habilidad que, inevitablemente, le llevaba a momentos en que se creía la argumentación que estaba haciendo, fuera o no la suya”¹⁵.

Otro de los aspectos en los que Clinton fue un claro precursor de Obama es su obsesión por el consenso y su voluntad decidida de acabar con la división y el enfrentamiento partidista entre facciones. Si Obama aboga en *La audacia de la esperanza* por mirar hacia el futuro y tratar de hacer hincapié en aquellos valores que unen a los americanos por encima de los que les separan, Clinton también supo entender en su día que la crispación y el choque estaban alejando a los políticos de su electorado. En este sentido, ha sido de nuevo Obama el primero en saber reconocerle este mérito a Clinton, su más directo precursor en este intento de buscar una tercera vía:

“La contribución más singular de Bill Clinton a la política es que trató de trascender este estancamiento ideológico.

Reconoció que las etiquetas de «conservador» y «liberal» habían adoptado unos significados que beneficiaban a los republicanos y, además, supo ver que estas categorías no eran las adecuadas para enfrentarse a los problemas actuales del país. [...] En su programa –si bien no siempre en el día a día de su gobierno– la Tercera Vía de Clinton no sólo consistió en llegar a un punto común partiendo la diferencia, sino que conectó con la actitud pragmática y desideologizada de la mayoría de los americanos” (págs. 37-38).

Conclusión: cada político crea a sus precursores

El que nos transmite este libro es un mensaje que apela al sentimiento de superación y confianza en el futuro, a la responsabilidad ineludible que cada uno de los americanos tiene en el proyecto común de construcción de la nación más grande del mundo, la tierra de la libertad y las oportunidades, la tierra donde los sueños se cumplen. Parafraseando a Martin Luther King podemos decir que Obama también tiene un sueño, su propio sueño. Pero en esta lucha por hacerlo realidad, Obama no está solo; cuenta con una larga tradición, con un grupo de prohombres que antes que él emprendieron y culminaron ese camino. La fuerza retroactiva de Obama nos ha hecho volver sobre Lincoln, Kennedy y Clinton; transportarlos hasta el momento presente para ponerlos nuevamente en la balanza de la historia y ver si esos rasgos suyos que ahora creemos ver repetidos, nos permiten decir que, como Kafka y los escritores, también Obama y los políticos son capaces de crear y seleccionar a sus propios precursores. ■

[Quiero expresar mi agradecimiento al profesor Justo Serna, por su lectura atenta del texto y por sus impagables consejos y sugerencias].

Francisco Fuster García ha publicado diferentes trabajos sobre feminismo y sobre la historia de las mujeres.

¹³ Kennedy, C., “A President Like My Father” en *New York Times*, 27-1-2008.

¹⁴ La cita procede de la columna firmada por Toni Morrison (sección “The Talk of the Town”) en la revista *The New Yorker*, 5-10-1998.

¹⁵ Klein, J., *Bill Clinton: una presidencia incomprendida*, Ed. Tusquets, Barcelona, 2004, pág. 177.